

IV

CAB RUEDA EN INGLÉS Y LADRA EN ARGOT

Al día siguiente, era el 3 de Junio, el 3 de Junio de 1832, fecha que es preciso indicar á causa de los graves acontecimientos que en aquella época se hallaban suspendidos sobre el horizonte de París en estado de nubes cargadas, seguía Marius al anochecer el mismo camino que la vispera, con los mismos pensamientos de delicioso encanto en su corazón, cuando divisó, entre los árboles del boulevard, á Eponina que se dirigia hácia él. Dos días seguidos, era ya demasiado. Volvió bruscamente la espalda, abandonó el boulevard, cambió de camino, y se marchó á la calle de Plumet por la calle de Monsieur.

Esto hizo que Eponina le siguiese hasta la calle de Plumet, cosa que no habia ella hecho aún nunca. Hasta entónces se habia contentado con verle á su paso por el boulevard, sin que procurase siquiera encontrarse con

él. La vispera solamente habia tratado de hablarle.

Siguióle pues Eponina, sin que él lo notara, le vió apartar el barrote de la verja é introducirse en el jardín.

— ¡Toma! dijo la muchacha, ¡pues entra en la casa!

Se aproximó á la verja, fué tocando los barrotes, uno en pos de otro, y reconoció fácilmente cuál era aquel que Marius habia dislocado para entrar.

Y murmuró á média voz, con un acento lúgubre :

— ¡Nada de eso!

En seguida se sentó sobre el basamento de la verja, junto al mismo barrote descompuesto, como si se installara allí guardándole. Era precisamente el punto en que la verja iba á tocar á la pared inmediata. Habia allí un rincón oscuro donde Eponina desaparecia enteramente.

En esta actitud permaneció más de una hora, sin moverse, casi sin respirar, entregada á sus ideas y á sus cavilaciones.

Á eso de las diez de la noche, uno de los dos ó tres transeuntes de la calle de Plumet, un viejo bourgeois que se recogia tarde, y que iba apresurando sus pasos por aquel sitio desierto y mal reputado, costeano la verja del jardín, al llegar al rincón que la verja formaba con la pared, oyó una voz sorda y amenazadora que decia :

— ¡Ya no lo extraño, si viene aqui todas las noches!

El transeunte paseó sus ojos en derredor, sin que viese á nadie, no atreviéndose á mirar hácia aquel rincón oscuro, porque tenia mucho miedo. Y apretó el paso.

Aquel transeunte hizo muy bien en darse prisa, pues al cabo de algunos instantes, seis hombres que marchaban separados y á cierta distancia unos de otros, á lo largo de la pared, y que habrian podido tomarse por una patrulla de ronda, entraron en la calle de Plumet. El primero que llegó á la verja del jardín se detuvo, y esperó á los otros;

un segundo había transcurrido apenas, y ya se hallaban todos los seis reunidos.

Aquellos hombres se pusieron á hablar en voz baj

— Ondoquí¹ es, dijo uno de ellos.

— ¿Hay un cab² en el jardín? preguntó otro.

— No sé. En todo caso, yo he acabelao³ aquí una albondiguilla que le haremos jamelar⁴.

— ¿Traes tú ahí engrudo para asparabar la felicha⁵?

— Sí.

— La verja es vetusta, repuso un quinto hombre que tenía voz de ventrilocuo.

— Tanto mejor, dijo el segundo que había hablado. Así no simbelará ella bajo la dañ⁶, y no estará tan dura para ajinarla⁷.

El sexto hombre, que aún no había abierto la boca, se puso á reconocer el estado de la verja, como lo había hecho Eponina una hora ántes, empuñando sucesivamente cada barrote y sacudiéndolos con precaución. Así llegó por fin al barrote que Marius había despegado. En el mismo instante en que iba á agarrar aquel barrote, una mano que salió bruscamente de la sombra se precipitó sobre su brazo sintiéndose él vivamente rechazado en mitad del pecho, mientras que una voz bronca le decía sin gritar:

— Hay un cab.

¹ Aquí (icicaille en argot).

² Cab. en argot, es perro en castellano, ó sea, chuquel en caló; pero en vez de chuquel, dejamos cab en argot, porque esta palabra intitula el capítulo.

³ Traído.

⁴ Comer.

⁵ Para romper la ventana. Se rompe una vidriera por medio de un emplasto de engrudo ó *mastic* que, apoyado en el cristal, retiene los pedazos de este impidiendo así el ruido.

⁶ No hará ruido bajo la sierra.

⁷ Cortarla.

Al mismo tiempo vió de pié frente á él una muchacha pálida y desgredada.

El hombre experimentó esa fuerte conmocion que produce siempre lo inesperado. Se enderezó con cierto ademán horrible; nada es tan formidable de ver como una fiera inquieta é irritada; su gesto espantado es espantoso. Retrocedió y tartamudeó:

— ¿Quién es esta bribona?

— Su hija de usted, contestó ella.

En efecto, era Eponina quien hablaba así á Thénardier.

Á la aparicion de Eponina, los otros cinco, es decir, Claquesous, Gueulemer, Babet, Montparnasse y Brujon, se habían acercado sin hacer ruido alguno, sin precipitacion, sin pronunciar una palabra, con la calma siniestra que es peculiar de esos hombres, ó de esas sombras, de la noche.

Notábase que traian en las manos no se sabe qué especie de horribles herramientas. Gueulemer tenía una de esas pinzas corvas que los andorreros llaman orbrisas¹.

— ¡ Ah! vaya, ¿ qué es lo que tú haces aquí? ¿ qué tienes tú que ver con nosotros? ¿ estás loca? exclamó Thénardier, en cuanto es posible exclamar hablando en voz baja. ¿ Por qué vienes aquí á impedirnos de trabajar?

Eponina se echó á reir y se le colgó al cuello.

— Estoy aquí, padrecito mio, porque estoy aquí. ¿ Es que ahora no es permitido sentarse la gente sobre las piedras? Usted es el que no debía hallarse aquí. ¿ Qué es lo que viene usted á hacer á esta casa, puesto que es un bizcocho? Va se lo dije yo á la Magnon. Aquí no hay nada que hacer. ¡ Pero béseme usted, mi buen padrecito! ¡ Cuánto tiempo hacía que no le había visto á usted! Conque ya está usted en libertad?

¹ Fanchons, en argot.

El Thénardier procuró desasirse de entre los brazos de Eponina y refunfuñó :

— Está bien. Me has besado. Sí, ya estoy fuera. No estoy dentro, sinastroa¹. Ahora, márchate de aquí.

Pero Eponina no soltaba á su padre, redoblando sus caricias.

— ¡ Bato¹ mio ! ¿ pues cómo se las ha arreglado usted ? Es menester que tenga usted mucho talento para haberse largao de allí. ¿ Cuénteme usted cómo ha sido eso ! ¿ Y mi madre ? ¿ dónde está mi madre ? Déme usted noticias de mamá.

Thénardier contestó :

— Va bien, yo nada sé de ella, déjame, y te digo que te vayas.

— Cabalmente yo no quiero irme, le respondió Eponina, haciéndole unos melindres y pucheros de niño mimado, ¡ si ! me despide usted cuando ya hace cuatro meses que no le habia visto, y que apénas he tenido tiempo para besarle. Y la muchacha volvió á colgarse del cuello de su padre.

— ¡ Ea ! ¡ vamos, to¹ es bastante tonto ! dijo Babet.

— ¡ Despachémoslos ! dijo Gueulemer, pues podrian pasar las arpias por aquí.

La voz de ventrilocuo escandió estas palabras : No estamos en día de Año-Nuevo, para venirnos picoteando y piando papá, mamá.

Eponina se volvió hácia los cinco bandidos.

— ¡ Toma ! dijo, es el señor Brujon. — Buenas noches, señor Babet. Buenas noches, señor Claquesous. ¿ Es que no me conoce usted ya, señor Gueulemer ? — ¿ Cómo te va, Montparnasse ?

— ¡ Sí, que te conocen ! dijo Thénardier. Pero con bue-

Encarcelado.
Padre.

nos días, ó con buenas noches, lo que importa es que te largues, y que nos dejes en paz.

— Esta es la hora de los zorros, y no la delas gallinas, dijo Montparnasse.

— Ya estás viendo que nosotros tenemos que ostabar acoi¹, añadió Babet.

Eponina tomó la mano á Montparnasse.

— ¡ Cuidado ! la dijo éste, no te vayas á cortar, que tengo una serdañí² abierta.

— Mi Montparnassito, respondió Eponina en tono cariñoso, es menester tener confianza en las gentes. Yo soy tal vez hija de mi padre. Señor Babet, señor Gueulemer, á mí fué á quien se me encargó que averiguase este negocio.

Es de notar que Eponina no hablaba ya nunca argot. Desde que conoció á Marius, esta lengua horrorosa se la habia hecho imposible.

Estrechó en su mano pequeña, huesosa y débil como la mano de un esqueleto los dedazos toscos y rudos de Gueulemer, y continuó :

— Ya saben ustedes que yo no soy tonta. Ordinariamente me creen tal. Pero yo les he prestado á ustedes servicios en muchas ocasiones. Pues bien, he tomado mis informes, y sé que se expondrian ustedes aquí sin conseguir nada, ya lo ven ustedes, se lo digo bien claro, para que les sirva de regla. Yo les juro que no hay nada que hacer en esta casa.

— Hay mujeres solas, dijo Gueulemer.

— No. Aquellas personas que habia aquí ántes se han mudado.

— ¡ Pero entodo caso, no se han mudado las luces ! repuso Babet.

Y señaló con el dedo á Eponina, por entre las ramas de

¹ Que trabajar ó robar aquí.

² Navaja.

los árboles, una luz que pasaba en la boardilla del pabellon. Era la Toussaint que había velado para tender ropa á secar.

Eponina intentó un postrer esfuerzo.

— Y bien, dijo, es una gente muy pobre, una barraca donde no tienen un cuarto.

— ¡ Anda y vete al diablo! la dijo Thénardier. Cuando hayamos vuelto y revuelto toda la casa, poniendo la cueva arriba y el granero abajo, te diremos lo que hay dentro, si son lúas, calés ó corúes¹.

Y la empujó para pasar á la ejecucion.

— ¡ Mi buen amigo señor Montparnasse, dijo Eponina, yo se lo ruego á usted, usted que es tan buen muchacho, no entre en esta casa!

— ¡ Cuidado! te he dicho ya y te repito, que te vas á cortar, repuso Montparnasse.

Thénardier añadió con el acento decisivo que le era peculiar:

— ¡ Nájese² de aquí pronto la chavori³, y deje á los hombres hacer sus negocios!

Eponina soltó la mano de Monsparnasse que había vuelto á coger, y dijo:

— ¿ Conque al fin quieren ustedes entrar en esta casa?

— ¡ Un poquito, nada más! contestó el ventrilocu riendo y burlándose.

Entónces ella se respaldó contra la verja, hizo rostro firme á los seis bandidos armados hasta los dientes y á quienes la noche daba semblantes de demonios, y dijo en voz baja pero enérgica:

— ¡ Pues bien! si ustedes quieren, yo no quiero.

¹ Pesetas, cuartos ú ochavos

² Máchese.

³ Hija.

Ellos se detuvieron estupefactos. El ventrilocu sin embargo acabó su burla. Ella entónces añadió:

— ¡ Amigos míos! escuchad bien lo que os voy á decir. No se trata de eso. Ahora soy yo quien habla. En primer lugar, si llegáis á entrar en este jardín, si tocáis á esta verja, me pongo á gritar en seguida, me pongo á golpear en las puertas, despierto á la gente, llamo á los de policía, y os hago enjaular á todos los seis.

— Y sería ella capaz de hacerlo, dijo Thénardier en voz baja á Brujo y al ventrilocu.

La muchacha meneó la cabeza y añadió:

— ¡ Principiando por mi padre!

Thénardier se aproximó á ella.

— ¡ No tan cerca, buen hombre! le dijo Eponina.

Él retrocedió refunfuñando entre dientes: Pero ¿ qué es lo que tiene esta chica? y añadió:

— ¡ Perra!

Ella se echó a reir de una manera terrible:

— Seré lo que usted quiera, pero no entrarán ustedes. Yo no soy hija de perro, puesto que soy hija de lobo. Ustedes son seis, ¿ qué me importa á mí eso? Son ustedes hombres.

Y bien! yo soy una mujer. Anden ustedes, que no les tengo miedo. Ya les digo que no han de entrar en esta casa, porque á mi no me da la gana. Si se aproximan ustedes á mí, me pondré á ladrar. Ya se lo digo á ustedes, el cab soy yo, y maldito el cuidado que me da de ustedes. ¡ Sigan, sigan su camino, que ya me están fastidiando! ¡ Váyanse al diablo, ó dónde quieran irse, pero no vengan aquí, yo se lo prohibo! ¡ Ustedes á navajazos y yo á zapatazos, me es igual, avancen, avancen si se atreven!

Y diciendo esto, dió ella un paso hácia los bandidos; estaba espantosa, y se echó á reir con una risa satánica.

— ¡ Pardiez! yo no tengo miedo. Este verano, tendré hambre, este invierno tendré frío. Pues no son poco tontos

estos bestias de hombres en creer que pueden hacer miedo á una muchacha ! ¡ Cá ! ¿ yo miedo ? ¡ Por supuesto ! ¡ que si quieres ! Porque tenéis unas ñoñas de queridas que se asustan y se meten debajo de la cama cuando levantáis el grito, ó toséis un poco fuerte, no es verdad ? ¡ Pues bien, yo no tengo miedo de nada, ni de nadie !

Y apoyó sobre Thénardier su mirada fija, diciéndole :
— ¡ Ni de usté tampoco, padre !

Despues prosiguió paseando sobre los bandidos sus sangrientas pupilas de espectro :

— ¡ Qué me importa á mí que me recojan mañana con la basura del suelo en la calle de Plumet, baraustada ¹ por mi padre, ó que dentro de un año me encuentren en las redes de Saint-Cloud ó en la isla de los Cisnes entre los taponos viejos y podridos y entre los perros ahogados !

Al llegar aquí, la fué forzozo interrumpirse ; una tos seca la acometió de repente, su respiracion salia como un estertor de su pecho reducido y débil.

Por fin continuó diciendo :

— No tengo más que empezará gritar y, chas, en seguida vienen. Vosotros sois seis, y yo soy todo el mundo.

Thénardier hizo un movimiento hácia ella.

— ¡ No hay que acercarse ! gritó la muchacha.

El padre se detuvo y la dijo en el tono más amable del mundo :

— Está bien, no : no me acercaré, pero no hables, tan alto. Hija mia, conque quieres tú así impedirnos de trabajar ? Sin embargo, es menester que ganemos nuestra vida. ¿ No tienes tú ya ningun cariño á tn padre ?

— Está usted muy cargante, le dijo Eponina.

— Sin embargo, es menester que vivamos, que ~~com-~~amos...

¹ Muerta a pieñaladas.

— Morirse, reventad.

Y diciendo esto, la muchacha se sentó sobre el basamento de la verja cantorreando esta tonadilla :

Combien je regrette
Mon bras si doux,
Ma jambe bien faite,
Et le temps perdu ¹.

Tenía apoyado el codo en la rodilla y la barba en la mano, balanceando el pié con ademan indiferente. Los rasgones de su vestido ponian al descubierto sus descarnadas clavículas. El farol inmediato alumbraba su rostro y su actitud. No era posible ver nada más resuelto y más sorprendente.

Sombríos, mohinos y como cortados de verse así impedidos de proseguir en su empresa, por una muchachuela, los seis ardujes ² se dirigieron hácia la oscuridad que dejaba aún la luz del farol, donde celebraron consejo, meneando las cabezas y encogiéndose de hombros, humillados y furiosos.

Entre tanto ella los miraba con un gesto apacible y hueraño.

— Sin duda la muchacha tiene algo, dijo Babet. Algun motivo hay. ¿ Si estará enamorada del cab ? Sin embargo, es lástima que dejemos escapar esta ocasion. Dos mujeres, un viejo que habia en un patio interior, y no faltan cortinas en las ventanas. El viejo debe ser un bordajú ³. Yo creo que este es un negocio bueno.

— Y bien ! entrad vosotros, exclamó Montparnasse.

¹ Cuánto hecho de ménos mi brazo rollizo, mi pierna torueada, y el tiempo perdido.

² Asesinos.

³ Un judío.

Haced el negocio. Yo me quedaré aquí con la muchacha, y si resuella...

É hizo brillar á la luz del farol la enorme navaja que llevaba abierta en su manga.

Thénardier no decía ni una palabra, y parecía dispuesto á todo cuanto quisieran.

Brujon, que era una especie de oráculo, y que, como es sabido, era también el que había « dado el negocio, » no había hablado aún. Parecía pensativo. Pasaba él por hombre que no retrocedía ante ninguna dificultad, por más arriesgada y peligrosa que ella fuera, y se sabía que, sólo por fanfarronería y por bravata, había él desbalijado nada ménos que un puesto de agentes de policía. Además, hacía versos y canciones, lo que le daba una grande autoridad.

Babet le interrogó :

— ¿ Tú no dices nada, Brujon ?

Brujon permaneció aún algunos instantes silencioso, en seguida maneó la cabeza de diversas maneras, y se decidió al fin á elevar la voz :

— Hé aquí lo que yo digo : esta mañana encontré á dos gorriones riñendo; esta noche, tropiezo con una mujer que me disputa el paso. Todo esto es de mal agüero. Vámonos.

Y se marcharon,

— De todos modos, si se hubiera querido, yo la hubiera baraustao ¹, dijo Montparnasse.

Babet respondió :

— Yo no. Yo nunca pego á una mujer.

Al llegar á la esquina de la calle, se detuvieron y cambiaron en voz sorda este diálogo enigmático :

— ¿ Adónde iremos á pasar la noche ?

— Debajo de Pantin ².

¹ La hubiera dado de puñaladas.

² Pantin, París.

— ¿ Traes tú la llave de la verja, Thénardier ?

— ¡ Pardiez !

Eponina, que no los perdía de vista, notó que volvieron á emprender el camino por donde habían venido. Entónces se levantó y se puso á andar de gatas tras ellos á lo largo de las paredes y de las casas, siguiéndolos así hasta el boulevard. Allí se separaron, y ella vió á aquellos seis hombres sumergirse en la oscuridad, donde pareció como que se desvanecieron en las sombras de la noche.

dientes y las garras temen lo inasequible. La bestialidad bebedora de sangre, los voraces y famélicos apetitos que van azorados en busca de la presa, los instintos armados de uñas y de mandíbulas que tienen por principio y por fin el vientre, miran y olfatean con inquietud el impasible lineamiento espectral rondando bajo un sudario, de pie, envuelto en su túnica horripilante y que les parece vivir una vida muerta y terrible. Esas brutalidades, que no son sino materia, temen confusamente habérselas con la inmensa oscuridad condensada en un sér desconocido. Una figura negra, atajando el paso, detiene en su marcha á la horrible fiera. Lo que sale del cementerio intimida y desconcierta á lo que sale del antro; lo feroz tiene miedo de lo siniestro; los lobos retroceden ante el encuentro de una gulia.

V

COSAS DE LA NOCHE

Después de la desaparición de los bandidos, la calle de Plumet recobró su tranquilo aspecto nocturno.

Lo que acababa de pasar en aquella calle no lo habría extrañado un bosque, El monte talar, la selva, el soto, el matorral, las ramas de árboles rudamente entrelazadas, la alta yerba, tienen una existencia sombría; la comezon propia de los lugares salvajes entreve allí las súbitas apariciones de lo invisible; lo que está por bajo del hombre distingue allí, al través de una espesa bruma, lo que está más allá del hombre; y las cosas ignoradas por nosotros los vivientes se confrontan en aquel sitio, en medio de la oscuridad de la noche. La rústica y áspera naturaleza se conmueve ante ciertas aproximaciones en las cuales cree ella sentir lo sobrenatural. Las fuerzas de la sombra se conocen, y tienen entre sí misteriosos equilibrios. Los

VI

MARIUS CONVERTIDO Á LAS REALIDADES, EN TERMINOS DE DAR
Á COSETA LAS SEÑAS DE SU CASA

Mientras que aquella especie de perra con figura humana hacía centinela junto á la verja del jardín, y que seis bandidos armados emprendían la fuga ánte la resistencia de una muchacha, Marius se hallaba al lado de Coseta.

Jamas habia estado el cielo más constelado y más hermoso, ni más temblorosos los árboles, ni la fragancia de las yerbas más penetrante; jamas se habian adormido las aves entre las hojas con un murmurio más dulce y apacible; jamas habian respondido mejor todas las armonías de la serenidad universal á las músicas interiores del amor; jamas habia estado Marius más enamorado, más dichoso, más extasiado. Pero habia hallado á Coseta triste. Coseta habia llorado. Tenía los ojos de un color rojo bastante encendido.

Este era el primer nublado en aquel admirable ensueño. La primera palabra de Marius habia sido :

— ¿Qué tienes?

Y ella habia respondido :

— Hé ahí.

Y en seguida se habia sentado en el banco junto á la escalera, y mientras que él tomaba asiento, temblando, cerca de ella, la niña prosiguió diciendo :

Mi padre me ha dicho esta mañana que esté pronta, que tiene ciertos negocios que arreglar, y que tal vez vamos á hacer un viaje.

Marius se estremeció de piés á cabeza.

Cuando uno se halla al final de la vida, morir, quiere decir partir; cuando se halla al principio, partir, quiere decir morir.

En el espacio de las seis semanas transcuridas, Marius habia ido cada dia, poco á poco, despacio, tomando posesion de Coseta. Posesion enteramente ideal, pero profunda. Segun lo hemos explicado ya, en el primer amor, se toma el alma mucho ántes que el cuerpo; más adelante se toma el cuerpo mucho ántes que el alma; á veces no se toma el alma nunca; los Faublas y los Prudhomme añaden: porque no la hay; pero afortunadamente el sarcasmo es una blasfemia. Marius, pues, poseía á Coseta como poseen los espíritus; pero la envolvía con toda su alma y la asia zelosamente, con una increíble conviccion. Él poseía su sonrisa, su hálito, su perfume, la profunda radiacion de sus pupilas azules, la suavidad de su cútis cuando él la tocaba la mano, el precioso lunar que ella tenía en el cuello, todos sus pensamientos, en fin. Habian convenido entre sí en que no dormirian jamas sin soñar el uno con el otro, y se habian cumplido su palabra respectivamente. Por consiguiente, él poseía todos los sueños de Coseta. Miraba sin cesar y movía á veces con su soplo los cabellos pequeños que ella tenía en la nuca, y se declaraba que no habia ni un solo de aquellos cabellos finos y delicados que no le perteneciese á él, á

Marius. Contemplaba y adoraba todas cuantas cosas se ponía ella y llevaba, sulazo de cinta, sus guantes, sus puños, sus botitas, como otros tantos objetos sagrados cuyo dueño era él. Consideraba que él era el amo de aquellos lindos peñecitos de concha que tenía ella puestos en el pelo, y aún decía para sí, en esos sordos y confusos tartamudeos, del deleite que se deja entrever, que no había un cordón de su vestido ni un punto de sus medias, ni un pliegue de su corsé, que no le perteneciese á él. Al lado de Coseta, considerábase él junto á su bien, junto á su propiedad, junto á su déspota y junto á su esclavo. Parecía que habían mezclado y confundido sus almas de tal manera que, si hubieran querido recobrarlas, les habría sido imposible reconocerlas. — Esta es la mía. — No, es la mía. — Te aseguro que te equivocas. Ese soy yo, sin la memoria. — Lo que tu tomas por tú, soy yo. — Marius era una cosa que formaba parte de Coseta y Coseta era una cosa que formaba parte de Marius. Marius sentía á Coseta vivir en él. Tener á Coseta, poseer á Coseta, no era para él una cosa distinta de respirar. En medio de esta fe, de esta embriaguez, de esta posesión virginal, inaudita y absoluta, de esta soberanía, vinieron pues á caer de improviso estas palabras: « Vamos á marcharnos, » gritándole la voz brusca de la realidad: ¡Coseta no es tuya!

Marius despertó. Seis semanas hacía que vivía Marius, según hemos dicho, fuera de las condiciones de la vida ordinaria; esta palabra, marcharse! le hizo volver á entrar en ellas de una manera dura.

Ni una sola palabra halló para respuesta. Coseta sintió solamente que su mano estaba muy fría, y le dijo á su vez:

— ¿Qué tienes?

Él respondió entonces en voz tan baja que apenas pudo oírle Coseta:

— Yo no comprendo lo que has dicho.

Y ella prosiguió:

— Esta mañana me dijo mi padre que prepare toda mi ropa y mi equipaje y que esté dispuesta, que él también me dará la suya para colocarla en una maleta, que está precisado á hacer un viaje, que nos vamos á marchar, que necesitaremos una maleta grande para mí y otra pequeña para él, que lo prepare todo de aquí á una semana, y que tal vez vayamos á Inglaterra.

— ¡Pero si eso es monstruoso! exclamó Marius.

Es indudable que en este momento, ningún abuso de poder, ninguna violencia, ninguna abominación de los tiranos más prodigiosos, ningún acto de Busiris, de Tiberio ó de Enrique VIII, igualaba en ferocidad, á juicio de Marius, á esta determinación: El señor Fauchelevent llevándose á su hija á Inglaterra, porque le llamaban allí los negocios!

Entonces la preguntó con voz apagada:

— ¿Y cuándo te marcharás?

— No me ha dicho cuándo.

— ¿Y cuándo volverás?

— Tampoco me ha dicho cuándo.

Marius se levantó, y dijo friamente:

— ¿Coseta, irá usted?

Coseta volvió hacia él sus bellos ojos llenos de angustia y respondió con una especie de extravío ó de delirio:

— ¿Adónde?

— ¿Á Inglaterra, irá usted?

— ¿Por qué me dices usted?

— ¿Yo la pregunto á usted si irá?

— ¿Qué quieres que haga? repuso ella cruzando las manos.

— ¿Conque es decir que irá usted?

— ¿Si mi padre va?

— ¿Conque irá usted á Inglaterra?

Coseta tomó la mano de Marius y la estrechó sin responder.

— Está bien, dijo Marius. Entónces yo iré á otra parte.

Coseta vislumbró el sentido de esta palabra más bien que la comprendió; se puso tan pálida, que su rostro apareció blanco en la oscuridad; y le dijo en tono balbuciente:

— ¿Qué quieres decir?

Marius la miró, en seguida levantó lentamente los ojos hácia el cielo y respondió:

— Nada.

Cuando sus párpados bajaban, vió que Coseta le sonreía. La sonrisa de una mujer á quien se ama tiene una claridad tal que se la ve de noche.

— ¡Qué tontos somos! Marius, yo tengo una idea.

— ¿Cuál?

— ¡Vente tú tambien si nosotros nos marchamos! ¡yo te diré adónde iremos! ¡y tú vendrás á unirte conmigo allí en donde yo estuviere!

Marius era ya ahora un hombre enteramente despierto de su letargo y desus delirantes ensueños. Habia vuelto al terreno de las realidades; y exclamó replicando á Coseta:

— ¡Marcharme yo con ustedes! ¡estás loca! ¡Pero si para eso se necesita dinero, y yo no tengo un cuarto! ¿Ir á Inglaterra! ¡Pero si estoy debiendo ahora mismo, yo no sé cuánto, más de diez luises, á Courfeyrac, un amigo mio á quien tú no conoces! Pero si tengo un sombrero viejo que no vale tres francos, un frac al cual le faltan botones por delante, mi camisa está toda ella rota, llevo los codos agujereados, mis botas que se llenan de agua por todas partes; en estas seis semanas, no he pensado en ello siquiera, y nada te he dicho de mi situacion. ¡Coseta! soy un miserable. Tú no me ves sino por la noche, y me das tu amor; ¡si me vieras de dia, me darias un sueldo! ¡Ir yo á Inglaterra! ¡Ah! ni siquiera podria pagar el pasaporte!

Y se apoyó contra un árbol que estaba allí cerca, de pié, con los brazos sobre la cabeza, la frente contra el tronco, sin sentir ni la corteza del árbol que le desollaba el cutis, ni la fiebre que le golpeaba las sienes, inmóvil, y á punto de caer en tierra, como la estatua de la Desesperacion.

En esta actitud permaneció largorato. Se permanecería en tales abismos durante una eternidad. Al fin se volvió. Habia oído detras de sí un pequeño ruido ahogado, suave y triste.

Era Coseta que sollozaba.

Estaba ella llorando, hacía ya más de dos horas, al lado de Marius que cavilaba y deliraba.

Dirigióse hácia ella, cayó de rodillas, y prosternándose lentamente, tomó la punta de su pié que pasaba por debajo del vestido y la besó.

Ella le dejó hacerlo en el mayor silencio. Hay momentos en que la mujer acepta, como una diosa sombría y resignada, la religion del amor.

— No llores, la dijo.

Y ella replicó en un lenguaje entrecortado:

— ¡Pues que yo me voy á marchar tal vez, y tú no puedes venir!

Á lo cual repuso él:

— ¿Me amas?

Ella le contestó sollozando esta palabra del paraíso que nunca es más hermosa que cuando va envuelta en lágrimas:

— ¡Te adoro!

Y él prosiguió con un tono de voz que era de una indecible caricia:

— No llores. ¿Dime, quieres hacer eso por mí, no llorar?

— ¿Me amas tú? le dijo ella.

Él la tomó la mano, y la dijo: